

¿PUEDE HABLAR EL SUBALTERNO?

Ania Loomba

En su artículo “Can the Subaltern Speak?” [“¿Puede hablar el subalterno?”] (1985), Spivak sugiere que nos resulta imposible recuperar la voz del “subalterno” o sujeto oprimido.¹ Incluso un crítico radical como Foucault, comenta ella, que descentra al sujeto humano de una forma tan rigurosa, se inclina a creer que los sujetos oprimidos pueden hablar por sí mismos, puesto que Foucault carece de la concepción del poder represivo del colonialismo y especialmente del modo en que históricamente se ha entrecruzado con el patriarcado. Spivak vuelve a los debates coloniales sobre la inmolación de las viudas en la India para ilustrar su argumento de que los efectos combinados del colonialismo y el patriarcado, de hecho, hacen muy difícil que el subalterno (en este caso, la viuda india quemada en la pira de su marido) articule su punto de vista. Críticos como Lata Mani, según se mencionó anteriormente, han mostrado que en los largos debates y las discusiones que giran en torno a las leyes del gobierno británico contra la práctica del sati, las mujeres que fueron quemadas en las piras de sus maridos como satis figuran como sujetos ausentes. Spivak interpreta esta ausencia como emblemática de la dificultad de recuperar la voz del sujeto oprimido y como prueba de que “no hay espacio desde el que el sujeto subalterno [sexuado] pueda hablar”. Spivak desafía así la división simple entre colonizadores y colonizados, incluyendo a la “mujer de color” como una categoría oprimida por ambos. Los hombres nativos de la élite pueden haber encontrado una forma de “hablar” pero, como sugiere Spivak, para los que se encuentran más abajo en la jerarquía, la auto representación no constituía una posibilidad.

El argumento de Spivak aquí desafía también la fácil suposición de que el historiador postcolonial pueda recuperar el punto de vista del subalterno. Al mismo tiempo, se toma en serio el deseo de los intelectuales postcoloniales de enfatizar la opresión y de aportar la perspectiva de los pueblos oprimidos. Sugiere, por lo tanto, que tales intelectuales adaptan la máxima gramsciana – “pesimismo de intelecto, optimismo de voluntad” – al combinar un escepticismo filosófico sobre la recuperación de cualquier “agencia” subalterna con un compromiso político para sacar a la luz la posición del marginado. Así, es el intelectual quien debe “representar” al subalterno:

El subalterno no puede hablar. No hay ningún mérito en elaborar una lista global en la que la mujer sea únicamente un objeto piadoso. La representación no se ha desvanecido. A la intelectual femenina, como intelectual, se le asigna una labor de la que no debe renegar haciendo una floritura. (*Marxism* 308)

De forma efectiva, Spivak advierte al crítico postcolonial contra el romanticismo y la homogeneidad del sujeto subalterno. Sin embargo, su insistencia en el “silencio” del subalterno es problemática si se adopta como la afirmación definitiva sobre las relaciones coloniales. Benita Parry informa que la lectura de Spivak de la novela de Jean Rhys, *Wide Sargasso Sea* [*Ancho Mar de los Sargazos*], por ejemplo, no recoge indicios de “agencia” femenina en el texto ni en las culturas caribeñas, en general, y se muestra insensible con respecto al modo en que “las mujeres se inscribieron como curanderas, ascetas, cantantes de canciones sagradas, artesanas y artistas” en las sociedades colonizadas. Por lo tanto, acusa a Spivak de una “sordera deliberada hacia la voz nativa donde *puede* oírse” (“Rani” 37; énfasis añadido). Parry sugiere que tal sordera surge

de la teoría de Spivak sobre el silencio del subalterno, que atribuye “un poder absoluto al discurso hegemónico”. Spivak contesta renovando su advertencia anterior contra lo que llama “una nostalgia por los orígenes perdidos”, o la suposición de que las culturas nativas quedaron intactas durante el dominio colonial, y que ahora se pueden recuperar fácilmente: “las técnicas del conocimiento y las estrategias de poder ... tienen una historia mucho más larga y amplia que nuestra benevolencia y reconocimiento individual” (“Post-structuralism” 204).

Resulta difícil (y desde mi punto de vista, innecesario) elegir *entre* estas dos posiciones. Parry considera el nacionalismo anticolonial como emblemático de la capacidad nativa para cuestionar y contrarrestar los discursos coloniales. Pero los “nativos” se separan por diferencias de género, como Spivak muestra de forma efectiva, y de clase, casta y otras jerarquías. Según se ha comentado anteriormente, el nacionalismo anticolonial únicamente se puede tomar como representativo de la voz subalterna si homogeneizamos la categoría “subalterno” y simplificamos enormemente nuestra noción de “hablar”. Asimismo, una teoría del silencio del subalterno demasiado inflexible, incluso si se propone con cierto espíritu de cautela, puede ser perjudicial para la investigación sobre las culturas coloniales al cerrar opciones incluso antes de que se hayan explorado. La elección de Spivak de la viuda inmolada como emblemática del “subalterno” es significativa. De hecho, tal figura es el ejemplo más adecuado del silencio del subalterno, ya que es una categoría conceptual y social que existe sólo cuando muere el sujeto. La que ha de ser sati es meramente una viuda; la sati es, por definición, un sujeto silenciado. Su silencio muestra la opresión de todas las mujeres en la India colonial pero, al mismo tiempo, no todas las mujeres en la India colonial se pueden fundir en esta figura.

[Trad. Marisol Morales Ladrón]

Nota

1. Hay varias versiones de este ensayo: Spivak (1988 y 1985). Véase también Spivak (“Rani”) para un análisis más extenso sobre los archivos coloniales y la recuperación del sujeto colonial.

Obras citadas

- Spivak, Gayatri Chakravorty. “Can the Subaltern Speak? Speculations on Widow Sacrifice.” *Wedge* (Winter-Spring 1985): 120-130.
- . “The Rani of Sirmur: An Essay in Reading the Archives.” *History and Theory* 24.3 (1987): 247-272.
- . “Can the Subaltern Speak? Speculations on Widow Sacrifice.” *Marxism and the Interpretation of Culture*. Ed. Cary Nelson y Lawrence Grossberg. London: Macmillan, 1988. 271-313.
- . “Post-structuralism, Postcoloniality and Value.” *Contemporary Postcolonial Theory*. Ed. P. Monguía. London: Arnold, 1996. 198-222.